

CRONICA DE PARIS, por Jabier de IRANZU

19-20/xii
1952

El domingo 14, se celebró en París, por los vascos, el día de Xabier. La Parroquia de San Francisco Xabier en París estaba materialmente copada los domingos anteriores. A las doce del domingo 14, tuvo lugar la Misa de los Vascos, en la hermosa iglesia románico-bizantina, cuyo Altar Mayor jalonan dos antiguos emblemas de Nabaña, con el pendón bicrucífero que, a partir de las Navas de Tolosa, cubriría sus nervios por cadenas en el escudo de Nabaña y que, después de Sabino de Arana-Goiri, había de trocarse en bandera vasca, animada por los tres colores tradicionales de los emblemas pirenaicos.

Dando la cara al público, dijo la misa el Canónigo vasco exilado, Doctor Onaindia, contestándola todo el público, según es costumbre en la Parroquia de San Francisco Xabier de París. Después de la lectura del Evangelio del día, el párroco hizo saber a los feligreses que llenaban el templo que allí estaban los vascos, con su Presidente a la cabeza y su capellán en el altar. Los vascos -dijo-, como los Pirineos en los que se asienta en ambas vertientes el solar de su milenaria raza, como el primer misionero del mundo que de ella surgió, nos dan ejemplo de universalidad, ecuménica, católica, que nos invita a todos a elevar juntos el corazón a Dios y a celebrar la fiesta centenaria de la egregia figura de Xabier, titular de esta parroquia.

Por la tarde, los salones de la Delegación volvieron a reunir a los vascos, para escuchar una charla del propio Doctor Onaindia sobre Xabier, considerando la figura humana, su familia, su casa, su carácter, su vida y las circunstancias que acompañaron al conocimiento de Ignacio de Loyola, el cñacino, el soldado de Castilla, y Francisco de Xabier, el agramontés, el miembro de una familia sacrificada por la Causa de la independencia de su país contra Castilla. Se encontraron en la invocación de

Dios y se unieron para fundar la Compañía de Jesús. Dejaron de ser soldados de Castilla y de Nabarra, para trocarse en soldados de Cristo.

Pero Xabier no olvidó jamás su origen vasco. Basta leer sus cartas para comprobarlo. En la de 25 de Enero de 1544, escrita desde Cochín a los jesuitas de Coimbra, tras exponer las grandes dificultades con las que tropieza para hablar el "maluar", dice, entre otras cosas, que ha intentado entenderse con ellas "en mi lengua vascuena". Y las últimas palabras que pronunció instantes antes de morir, fueron dirigidas a su madre, "la triste María de Azpilikueta", y dichas en euzkera, como comenta, con frases de gran cordialidad, el diario parisino "LA CROIX", en su número del 2 de Diciembre en curso.

Los vascos de París, aparte su concurso a las fiestas centenarias del gran misionero nabarro, han dado el primer paso para hacer del templo que lleva su nombre la iglesia de los vascos.

Bien lo merece. Es el único Santo vasco canonizado como vasco -como nabarro-^{no}/como francés o español. En su propia persona; en su madre exiliada, triste, reducida a la miseria por Fernando el Católico, el Cardenal Cisneros y Carlos I; en sus hermanos, defensores de Amayur contra las tropas de Castilla, Xabier vivió la gran tragedia de su Patria, la misma que nosotros estamos viviendo en los actuales momentos, pues que importa menos que el tirano de turno se llame Cisneros o Franco, y que los vascos idóneos que le secundan en nuestra propia tierra se denominen oñacinos, beaumonteses o requetés.

Quien ha luchado por la libertad de Euzkadi, ha visto caer a los suyos y morir a su madre triste y en el destierro, no puede menos de asociar su suerte a la del gran misionero, honor de Nabarra, gloria vasca y Santo de primera magnitud en la Iglesia de Cristo.

x x x

Acaban ustedes de escuchar la lectura de una CRONICA que, desde París, nos remite nuestro colaborador Jabier de IRANZU, titulada "XABIER Y LOS VASCOS".

CRONICA DE NABARRA

Por nuestro corresponsal en PAMPLONA

Damos a continuación lectura a esta crónica que hemos recibido con retraso, por los detalles hasta ahora inéditos que contiene. Dice así:

El día 4 del corriente se ha celebrado el más importante de los actos que han traído a Franco a Nabaña. Para su mayor éxito, se echó el resto sobre todo por parte del Gobernador. Empezó por declarar este día de fiesta no recuperable; organizó cinco trenes especiales, que, partiendo de los extremos de Nabaña, rendían su viaje en Pamplona. Se requisaron toda clase de vehículos para traer gente, incluso los camiones, que fueron autorizados para el transporte de personas, contraviniendo a las disposiciones legales. La contravención era doble, por utilizar camiones y camionetas para el transporte de personas y porque se habían dado órdenes para que entrasen sin pagar cuantos cupieran. Es, pues, la autoridad gubernativa de Nabaña la responsable de las desgracias ocurridas en Libeñi, donde hubo un muchacho muerto, y de la de Genevilla, en donde hubo varios heridos, algunos de ellos graves, al dar vuelta un camión. En todas las estaciones ferroviarias y en todos los vehículos, montaron las gentes que quisieron, porque no había control alguno para montarse. De los Ayuntamientos y Hermandades podían venir todos los miembros. A los primeros, les pagaba la Corporación, y a las segundas se les autorizaba a que vinieran una representación de cuatro y se les abonaban 50 pesetas por barba, más el billete, que, como hemos dicho, era gratis. Los camiones y autobuses recibían gratis los vales de gasolina o bien, en otros casos, quedaban autorizados a que presentaran sus cuentas en el Gobierno Civil.

Las empresas de Pamplona habían recibido excitaciones del Gobernador, de las CENS y también de la Diputación, para que influyeran con

sus productores a fin de que se sumaran a los actos de homenaje a Franco. Igualmente se había hecho con los Ayuntamientos de los pueblos, villas y ciudades, lo cual aumentaba las presiones en las respectivas localidades para que vinieran las gentes en masa. Y estas presiones se hacían con hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Las condiciones en que las mujeres venían en los camiones y más todavía en las que volvían, era algo que ninguna autoridad puede no ya aconsejar, ni siquiera tolerar.

A esto se unía la perspectiva risueña de un viaje a Pamplona gratis, un partido de foot-ball de campanillas, excursión jaranera de hombres y mujeres y esta época del año en la que los quehaceres no apuran en el campo. Sobre todo de los pueblos de la Ribera el contingente fué muy nutrido. No así de la Nabaña Media y de la Montaña, de muchos de cuyos pueblos no vinieron más que las representaciones municipales. Hubo, también, cantidad de gentes que vinieron y no hicieron acto de presencia en el acto político. De todas formas, fué en éste donde el concurso de gentes pujó más. Ahora bien; las cifras que se han dado, de más de 80 mil personas, son muy exageradas. Personas acostumbradas a calcular los entradas de los encierro sanferminescos, estiman que un día de éstos, de espectáculo gratuito también como se sabe, podrán colocarse 3 ó 4 mil personas sobre las 14 mil localidades que tiene la Plaza de Toros. Pues bien; estas personas opinan que de ninguna manera habría más de un doble o cosa así, es decir, dos plazas, con lo que la cosa quedaría en unas treinta mil personas. Otros, que calculan por el tiempo que tardó en llenarse y vaciarse el recinto, vienen a calcular una cosa parecida.

En este acto, Franco pronunció un discurso de media hora larga. Como en él abundan tanto los tópicos que le son caros y que las gentes conocen ya, no hubo, ni mucho menos, el calor, los aplausos y el entusiasmo que había derecho a esperar de una masa así. La consabida claqué de adictos, colocada en sitio preferente, era lo único que se oía en aquel vasto recinto. Muchos de los latiguillos del orador pedían el aplauso,

el cual no ~~asegura~~ llegaba o era positivamente tarde en llegar. Evocó, una vez más, el recuerdo del Conde de Rodezno, gran hidalgo español y benemérito de la "Cruzada", dijo Franco, y también a Víctor Pradera, que comparó con Francisco de Xabier en su postura contra los verdugos, así como a otros, víctimas de los rojos, de las cárceles, de los tremendos cautiverios y de otras persecuciones. Reprochó, también, al tradicionalismo estático, el cual tiene que ser un movimiento. Mella, Donoso y Balmes, de seguro que serían así; no se dedicarían a problemas minúsculos y aldeanos, como estos tradicionalistas que no se dejan cazar por Falange, que es en España, según Franco, la única que comprende los problemas nacionales.

Bien por la repetición de conceptos y cuestiones, bien por el frío que hacía con un cierzo helador, bien porque la dialéctica de Franco no convence mayormente, el hecho es que la concurrencia no pareció realmente conmovida en ninguna de las partes del discurso. Buena prueba fué que no se dió ese aplauso de pronto, nutrido y largo, que es el distintivo de los públicos entusiasmados.

Con esto terminó la estancia propiamente política de Franco, ya que el resto de sus actividades se limitó a la visita de viviendas, aquí en Pamplona y en la Ribera.

x x x

Han escuchado ustedes la lectura de una CRONICA DE NABARRA, que nos ha sido enviada por nuestro CORRESPONSAL en PAMPLONA.
